

Mapas y cartografías des-centrados. Desafíos, balances y aportes en los estudios en cultura popular-masiva en la Argentina

De-centered maps and cartographies. Challenges,
Assessments and contributions on the studies in popular-mass
culture in Argentina.

María Graciela Rodríguez
Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín y Facultad de
Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires
mgrbanquo@gmail.com

Recibido: 10.03.19

Aceptado: 21.10.19

Resumen

Dice Hall que en las sociedades contemporáneas no existe cultura popular auténtica que pueda pensarse por fuera de la cultura masiva. Esto exige mirar simultáneamente las prácticas, las experiencias y las representaciones mediáticas no como elementos aislados sino en las propias interfaces de poder que se articulan. La cultura popular-masiva enlaza, en el momento de circulación, los procesos representacionales y los de apropiación singularizada de los sectores populares. El abordaje se revela complejo y exigente en cuanto a la multiplicidad de herramental analítico. Este trabajo propone revisar algunos aportes que densifican los encuadres teóricos y metodológicos necesarios para avanzar en la renovación y actualización de los estudios en cultura popular-masiva. En primer lugar, se repone el contexto del tema en la Argentina; luego se exponen algunos aportes seleccionados para proveer insumos productivos al estudio de la cultura popular-masiva; y finalmente se presentan líneas significativas de investigación para el futuro.

Palabras clave: cultura popular-masiva / comunicación / aportes

Abstract

Stuart Hall states that in contemporary societies an authentic popular culture is not disentangled from mass culture. This implies the demand to simultaneously observe practices, experiences and media representations, not as isolated elements but in the core of the articulated interfaces of power. Popular-mass culture puts together, in the moment of circulation, representational processes and those of the singularized popular appropriation as well. The approach to the subject is then a complex and demanding one in terms of the multiplicity of analytical tools required. This paper proposes to make a revision of some contributions that may densify the theoretical and methodological frames in order to renovate and update the Studies in Popular-Mass Culture. First, the Argentinean context on the subject is to be restored; second, some selected contributions are putting forward to provide productive inputs to the Studies in Popular-Mass Culture; finally, significant lines of future research are presented.

Keywords: popular-mass culture / communication / contributions

Hace ya más de cuatro décadas que Stuart Hall (1984) ha advertido sobre la absoluta interdependencia entre la cultura popular y la cultura masiva, una relación que se dio, asimismo, de modos irreversibles. Desafiando acaso a los planteos originales de Richard Hoggart (1957/2013), Hall señala que no existe cultura popular auténtica que pueda pensarse por fuera de la cultura masiva, entendiendo que la articulación entre ambas se forjó en un determinado y específico momento histórico que él sitúa entre 1880 y 1920.

Centralmente ubicada en el campo de Comunicación y Cultura (CyC de ahora en más), la perspectiva de la *cultura popular-masiva*¹ postula la necesidad de mirar simultáneamente las prácticas, las experiencias y las representaciones (en este caso mediáticas), no como elementos aislados sino en la propia relación, lo que ubica el núcleo de la perspectiva en las interfaces de poder que articulan a ambas. En ese sentido, mi punto de partida será pensar la cultura popular-masiva teniendo en cuenta que el proceso de circulación no trata de simples intercambios de elementos sino de las relaciones entre estos y de los procesos que los modifican en el mismo intercambio, y que modifican, a su vez, los dispositivos de representación (Reguillo, 2003).

¹ El sintagma *cultura popular-masiva* permite desmarcar los análisis de las perspectivas esencialistas sobre la cultura popular, optando por focalizar sobre los procesos de circulación entre narrativas masivas provistas por los dispositivos industriales del mercado de la cultura, y los procesos singulares de apropiación de los sectores populares. En ese sentido, el sintagma cultura popular-masiva, pone el acento en el guion, porque a la vez que marca la diferencia entre ambas también las pone en contacto (Schmucler, 1975/1997). Para ampliar véase Rodríguez (2014; 2011).

Pero entonces, si el interés por la cultura popular-masiva se sitúa en la interface y no en los elementos aislados, el abordaje se revela complejo y exigente en cuanto a la multiplicidad de herramental tanto teórico como metodológico requerido. En ese sentido, este trabajo propone revisar algunos aportes que permitirían densificar los análisis sobre el tema y echar luz sobre encuadres teóricos y metodológicos necesarios para avanzar en la renovación y actualización de los estudios en cultura popular-masiva. Para ello, en primer lugar, repaso muy brevemente el campo de CyC en la Argentina a fin de contextualizar históricamente los caminos hasta la actualidad; luego reviso y sugiero pensar algunos aportes seleccionados que estimo proveerán insumos productivos al estudio de la cultura popular-masiva; y finalmente sintetizo lo presentado en un párrafo final exponiendo líneas significativas de investigación para el futuro.

El campo CyC en Argentina: enlaces y desenganches

Los primeros y pioneros aportes de Hoggart, Thompson y Williams, especialmente vehiculizados por las lecturas y traducciones que hicieron Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano en la revista Punto de vista, fundada en 1978, resultaron relevantes para el encuentro, tras la recuperación democrática, con los desarrollos de intelectuales vernáculos que habían debido silenciarse o exiliarse durante el *apagón académico* (1976-1983). Aníbal Ford, Eduardo Romano, Jorge Rivera, Heriberto Muraro, Héctor Schmucler, entre otros, ya habían contribuido, desde sus publicaciones en el Centro Editor de América Latina (CEAL), a la formación de un campo que renovaba teórica y metodológicamente los estudios literarios, al ampliar el horizonte de la crítica literaria.² En ese encuentro entre las lecturas de Birmingham y los estudios locales recuperados, se planteaba la necesidad de incorporar una serie de categorías teóricas provenientes de la sociología (campo intelectual, públicos, consumo) para abordar las relaciones de las formas literarias con lo social. Asimismo, el diálogo crítico con el estructuralismo francés que proponían supuso una inflexión hacia lo que luego se fue delimitando como el campo de la Sociología de la Cultura.³ De ahí que Zarowsky y otros afirmen, williamsianamente, que «entre el CEAL y *Punto de Vista* se delimitan los nuevos contornos de una formación emergente» (2017, p. 7).

En el marco específico del campo CyC, el desembarco de Stuart Hall será central en el rumbo localmente tomado. La centralidad de sus aportes proviene de la vocación de

² El papel del CEAL en la conformación del campo de CyC entre las décadas del sesenta y del setenta fue crucial: la editorial dirigida por Boris Spivacow, luego de renunciar a Eudeba, creó una serie de colecciones y bibliotecas cuyos títulos difundió a bajo costo. Autores como los ya mencionados, junto a otros de la talla de Néstor García Canclini, Jaime Rest u Oscar Steimberg, entre otros, dirigieron colecciones o escribieron en ellas. Para ampliar ver Zarowsky y otros (2017).

³ Aunque, con el tiempo, esta fue volcando sus esfuerzos al estudio de «esferas» de la cultura, con investigaciones que focalizan sobre las dinámicas de campos de producción cultural específicos, o lo que Eduardo Restrepo ha denominado «estudios *sobre* cultura» (2014).

comprender a los procesos culturales, y especialmente en esta área, a los procesos comunicacionales, desde un marco gramsciano que permitiera superar, sin abandonar, los presupuestos de partida de la teoría de la dependencia, vigente en los tramos finales de la década del sesenta y la del setenta aproximadamente. El planteo de Hall otorga un marco fundamental a CyC: luego de una revisión crítica, expone la necesidad de articular lo que él llama dos paradigmas seminales: el culturalismo y el estructuralismo. Y la «salida» que sugiere es por la vía de los encuadres gramscianos para pensar los vínculos entre «las categorías principalmente “inconscientes” y dadas del “sentido común” cultural con la formación de ideologías más activas y orgánicas» (Hall, 1994, p. 41), con capacidad de intervenir sobre ese sentido común. En efecto: teniendo como premisa que la cultura naturaliza los sentidos sociales, los pone en circulación y los hace disponibles, un análisis *cu-co*⁴ procuraría desentramar las articulaciones significantes, de-construir aquellas ligaduras entre elementos, y reconstruir el contexto bajo otras lógicas, ahora des-naturalizadoras. En este sentido, los estudios en cultura popular-masiva extienden su foco más allá del análisis de los medios de comunicación, para avanzar sobre la deconstrucción y reconstrucción del sentido común presente cotidianamente en la relación política-cultura y el amarre entre ambas dimensiones.

En sus inicios, a partir de mediados de la década del ochenta, los estudios en Comunicación se fortalecieron en gran medida adoptando esa dirección. Y este momento podría considerarse como el del impulso institucional en el ámbito de la CyC. En términos contextuales, el armado de las *curricula* de las carreras de Comunicación que con gran rapidez comienzan a inaugurarse en toda la Argentina a mediados de 1980, incorpora la perspectiva «culturalista» a los programas de las que se creaban y también a las ya existentes, en el marco de la importancia que se le atribuye a la cultura en los procesos de transición democrática.⁵ En este sentido, las agendas propuestas por Jesús Martín-Barbero (1987) y Néstor García Canclini (1990), se plegaron cómodamente a las preocupaciones locales sobre el devenir de los sectores populares en la transición democrática signada por el interrogante acerca del cruce entre las matrices de los formatos industriales de los bienes culturales, el consumo cultural, y la experiencia de los sujetos. Ambos trabajos, en diálogo con

⁴ La expresión *cu-co* (cultural-comunicacional) fue acuñada por Aníbal Ford a mediados de la década del ochenta para delimitar el análisis del campo de la comunicación, precisamente, desde una perspectiva cultural antes que tecnologicista o estrictamente economicista.

⁵ A su vez, es necesario señalar que esta apropiación global de los estudios culturales (EECC de ahora en más) por parte de las carreras de Comunicación, trajo aparejada una suerte de homologación de los medios a la noción —más abarcativa— de *comunicación*. La consecuencia es que, todavía hoy, en el ámbito de las Ciencias de la Comunicación, con frecuencia se confunden los EECC con los medios. Incluso el conocido texto de Stuart Hall, «Notas sobre la deconstrucción de lo popular» (1984), es leído teóricamente como una elaboración crítica de las definiciones de *cultura popular*, cuando en realidad debiera ser objeto de una lectura contextual en el marco de la emergencia, en el Reino Unido, del populismo de mercado conducido por Margaret Thatcher.

la vertiente gramsciana donde abrevan los estudios culturales, si bien con acentos diferentes, le atribuyeron un lugar importante a los procesos de circulación comunicacional-cultural, y marcaron la preocupación por la cultura popular-masiva, que pasó a ocupar un lugar central en la agenda al encauzar los análisis hacia los nuevos sujetos de la ciudadanía reconquistada (Grimson y Varela, 1999). A ese paso, la institucionalización de un campo denominado de CyC, ya no se detuvo, no tanto alimentado por los estudios surgidos al calor de las primeras experiencias de las democracias de masas,⁶ como por el «gran paraguas» de los estudios culturales que le dio buena parte del sesgo «culturalista» que todavía hoy ostenta (Mattelart, 2011).

Paralelamente, uno de los principales méritos —y desafíos— recuperados a partir del encuentro mencionado, fue la puesta en valor del estatus de *objeto de estudio* de una serie de *objetos menores* donde caían los medios masivos y alternativos de comunicación, la literatura popular y masiva, la memoria popular, las sensibilidades musicales, el ocio, las artes, el deporte, entre otros. Desde luego, había antecedentes para esta valorización en los estudios sobre sociedad y cultura vernáculos, fundamentalmente a través de la pionera figura de Jaime Rest, del grupo conformado por Aníbal Ford, Jorge Rivera y Eduardo Romano y de otros académicos como Heriberto Muraro, Eliseo Verón, Héctor Schmucler o Margarita Graziano, entre otros. Lo cierto es que el foco sobre lo que Ford, Rivera y Romano denominaban *literaturas marginales* fue más allá de la instalación de nuevos objetos de estudio: el gesto fue acompañado, como no podía ser de otra manera, por una reflexión epistemológica sobre las modalidades específicas de análisis que estos objetos exigen, junto con un reclamo por escapar de las perspectivas legitimistas (Grignon y Passeron, 1991). La apuesta fuerte consistía en vincular los géneros populares con la sociedad de masas, las transformaciones tecnológicas y las posibilidades empresariales de ampliación de los públicos.

En conjunto, la recuperación post-dictadura de estas tradiciones, tras largos años de oscuridad y censura de las líneas impulsadas unas décadas atrás, sumado a la difusión de autores clave de los EECC británicos, implicó la definitiva colocación histórica del subcampo CyC, logrando una legitimación abarcativa de preguntas y problemas que articularon y actualizaron los aportes de los precursores (Caggiano y Rodríguez, 2008). No obstante, a pesar de la apropiación *in toto* de la perspectiva culturalista gramsciana, así como de la refundación o recuperación de los objetos «menores» para producir conocimiento socialmente relevante, el área de CyC proseguía con su voluntad de construir un campo epistémico con legitimidad propia y límites genuinos. Por un lado, la intersección EECC/CyC

⁶ Me refiero tanto a los pioneros trabajos de Lazarsfeld en los Estados Unidos sobre opinión pública como también a los desarrollos críticos provenientes de la Escuela de Frankfurt (especialmente en lo que concierne a la disciplina, los trabajos de Theodor Adorno, Max Horkheimer y Walter Benjamin).

no era —no es— evidente;⁷ por el otro, en el necesario gesto de construir su legitimidad, el derrotero de la CyC fue discriminándose simultáneamente de la crítica cultural y de la sociología de la cultura. A su vez, tanto la línea de *Punto de Vista*-CEAL como la de Rest-Ford-Rivera-Romano, la de Mattelart-Schmucler o la de Steimberg-Indart-Traversa-Verón, tenían cada una a su modo un peso propio sumamente significativo para la CyC.⁸ Por eso mismo se llevó a cabo entonces un gesto de convergencia que agrupase, no sin discriminar las diferencias, todos los afluentes.

En su recorrido, este momento es crucial porque el campo de la CyC se vio fortalecido por la superación del modelo informacional-tecnológico por el del reconocimiento cultural, lo cual supuso desplazar el análisis desde la producción de los mensajes hacia el campo de la cultura y la vida cotidiana y hacia los conflictos que articulan la cultura y la hegemonía. El debate acerca de la pasividad o actividad del receptor fue reemplazado por un consenso «en torno a la revalorización de la capacidad de los receptores —populares— para construir sentidos diferenciados a los propuestos por la cultura hegemónica» (Grimson y Varela, 1999, p. 69). Paralelamente a esta dinámica expansiva, o acaso como su correlato, este momento también está marcado por fuertes debates, tanto de corte teórico como metodológico, en relación con las investigaciones de Morley (1996) y de Silverstone (1996) sobre audiencias y recepción de televisión. Y a la vez, se asiste a un relegamiento académico de la categoría *cultura popular* como objeto de estudio (Alabarces, 2008), desplazada por conceptualizaciones que parecían menos problemáticas como el más anglosajón *subculturas* o el de *sociedad civil*.⁹

Tres aportes: categorías y perspectivas

Al revisar las líneas fundacionales, se advierten zonas de debates e intercambios que pusieron la articulación política-cultura en tensión: hegemonía, cultura, experiencia, agencia

⁷ De hecho, en un gesto de contextualismo radical, tanto Hall (2010) como Grossberg (2012), señalan que la incorporación de interrogantes sobre los medios de comunicación dentro de los EECC obedece a una cuestión coyuntural, a las necesidades del contexto en el cual los EECC nacieron, y no a una cuestión intrínseca.

⁸ Como antecedente de la institucionalización de la Comunicación, es imprescindible mencionar a tres revistas que, con enfoques diferentes, participaron del debate sobre el campo CyC: mientras que *Lenguajes* respondía a una línea semiológica, con un comité editorial integrado por Juan Carlos Indart, Oscar Steimberg, Oscar Traversa y Eliseo Verón; *Comunicación y cultura*, dirigida por Héctor Schmucler y Armand Mattelart, ponía el acento en los aspectos socio-políticos de los contextos de la comunicación; en tanto, *Crisis*, dirigida por Eduardo Galeano y en la que Aníbal Ford, Eduardo Romano y Jorge Rivera escribían con asiduidad, presentaba una perspectiva asociada a la reivindicación de la cultura nacional y popular.

⁹ Se ha afirmado, por ejemplo, que García Canclini, en su formulación acerca de la relación entre consumidores y ciudadanos (1995), contribuyó a la pérdida de la connotación política de la que había gozado la categoría *cultura popular* en décadas anteriores. Las acusaciones giraban en torno a haber producido una banalización del concepto de ciudadanía, aduciendo que esto terminó de rematar la idea de *sujeto popular* asociada con el esperanzador horizonte de las transiciones democráticas continentales.

se re-convirtieron, con la acumulación de investigaciones, en objeto de debate teórico poniendo en duda su capacidad para explicar totalidades. La tensión persiste: por un lado, se considera imprescindible la necesidad de cambiar la escala de la mirada para observar procesos meso y microsociales; y a la vez no se renuncia a la exigencia de enmarcar las investigaciones en la propuesta general de reconstruir configuraciones discursivas articuladas como totalidad. Esto es: la asociación entre elementos que, si bien en la superficie no presentan correspondencia entre sí, o que se manifiestan en torno a procesos que no surgen en el mismo momento o desde la misma raíz, constituyen, sin embargo, parte de una unidad articulada (Hall, 1994).¹⁰

Entre las diversas líneas de atención teórica que los estudios en cultura popular-masiva y sus diálogos transdisciplinarios ofrecen actualmente a la reflexión, he seleccionado tres: el uso de la categoría de *interseccionalidad* en el ámbito específico de CyC; la noción de agencia y de subjetividad en su relación con las formaciones culturales; y el debate sobre cultura proveniente de la antropología,¹¹ del que tomaremos solo aquellas secciones de este que impactan en grados diversos sobre los estudios en cultura popular-masiva, particularmente los aportes de Sherry Ortner, Susan Wright y Lila Abu-Lughod.

Respecto de la categoría de interseccionalidad, Sergio Caggiano (2012) es quien ha hecho un uso productivo del término para los análisis en cultura popular-masiva. Introducido por Kimberlée Crenshaw (1989) para señalar la exclusión de las mujeres afroamericanas respecto de las políticas feministas y antirracistas que no habían tenido en cuenta la intersección entre raza y género, el término es reubicado por Caggiano en el campo de la CyC para exponer los complejos entrelazamientos que se ocultan debajo de las representaciones mediáticas.¹² Sostiene que, procesadas por géneros propios, su aparente interseccionalidad es, en verdad, el resultado de un proceso de articulación en dominancia.¹³ La categoría de interseccionalidad fue pensada originalmente para recentrar

¹⁰ Hall entiende por articulación «la forma de conexión que *puede* crear una unidad de dos elementos diferentes, bajo determinadas condiciones. Es un enlace que no necesariamente es determinado, absoluto y esencial por todo el tiempo. [...] La “unidad” que importa es una conexión entre ese discurso articulado y las fuerzas sociales con las cuales este puede —pero no necesariamente tiene que— estar conectado bajo ciertas condiciones históricas. Entonces, una teoría de la articulación es al mismo tiempo una forma de entender cómo los elementos ideológicos, bajo ciertas condiciones, adquieren coherencia dentro de un discurso, y una forma de preguntar cómo estos se articulan o no, en coyunturas específicas, con ciertos sujetos políticos» (Hall en Grossberg, 2010, p. 85).

¹¹ No ahondaré sobre este debate, que es extenso, complejo e intradisciplinario. Solo a modo de síntesis, recomiendo la lectura de Grimson y Semán (2005).

¹² Basándose en los desarrollos teóricos de los Estudios Visuales, el análisis de Caggiano parte de considerar a la visión como una organización social, como un mediador de las relaciones sociales, a la par del lenguaje. Su trabajo se orienta por el interrogante del papel de la imagen en la vida cultural de una sociedad (en su caso, la argentina) en donde confluyen de modos complejos la(s) diferencia(s) y la(s) desigualdad(es).

¹³ Con *articulación en dominancia* pretendo iluminar el mecanismo de conexión entre elementos — contingentes pero con grados diversos de determinación—, por el cual los medios de comunicación

los análisis socioculturales y políticos en torno tanto a las múltiples dimensiones de la identidad, como a los procesos sociales complejos donde estas dimensiones —económicas, políticas y culturales— se articulan. Por eso mismo, algunas teorías de la interseccionalidad postulan que este debe ser un concepto provisional. María Lugones (2005), sin ir más lejos, propone realizar un doble desenmascaramiento: en primer lugar, uno que señale el entrelazamiento de dimensiones a fin de reconocer las categorías intervinientes; y en segundo lugar otro que genere un pasaje de la lógica interseccional —que contiene una presunción de exterioridad—, hacia una lógica de la *fusión* que reponga la inseparabilidad lógica de raza, sexualidad, género y clase, destruyendo así, en ese gesto, la propia lógica categorial. Esto implica, siguiendo a Lugones, que la misma elección de la categoría, incluye en el análisis su deconstrucción.

No obstante, la transposición de categorías analíticas requiere cautela. Si en términos sociológicos se postula la necesaria provisionalidad del concepto para producir un análisis que politice la lógica clasificatoria, cuando el entrelazamiento de dimensiones se encarna en superficies textuales la interseccionalidad no puede sino ser una categoría descriptiva. Como indica Caggiano, lo representado allí es el resultado de una condensación, de una fijación parcial del discurso; y, por eso mismo, es siempre provisorio y sujeto a disputas. Su advertencia significa, por un lado, que la propia categoría debe ser relativizada teniendo en cuenta la provisionalidad del concepto de *interseccionalidad*, que permite identificar un anudamiento pero simultáneamente exige su deconstrucción crítica. Y por el otro, en el caso de los estudios en cultura popular-masiva, la textura específica de los sentidos condensados en las representaciones mediáticas, exigen aún más desarmar el sentido común social que confluye allí como resultado de mediaciones y lógicas de diversos tipos, para re-articular, en el nivel analítico, los vectores simbólicos que habilitan su amarre.

En ese sentido, en su trabajo sobre el *sentido común visual*, Caggiano (2012) utiliza la categoría de intersección para indicar el entrelazamiento, en un objeto visual, de diversas dimensiones del ordenamiento sociocultural (en su caso, clase, género y «raza»¹⁴). En su trabajo, el uso específico de interseccionalidad como categoría descriptiva, implica el reconocimiento de que, sobre la figura concreta a estudiar, se ha operado una condensación que es, en verdad, el resultado de una disputa entre distintas fuerzas simbólicas. Y no necesariamente estas fuerzas se corresponden con identidades «esenciales»; por el contrario: dado que, precisamente, esta condensación es producto de

efectúan su trabajo «ideológico». Hall señala que los modos en que se establecen estos vínculos, y por lo tanto se genera consenso, responden a un campo estructurado en dominancia que opera dentro de unos límites donde se generan inclusiones y exclusiones. Para ampliar véase Hall (1981).

¹⁴ Caggiano coloca comillas en «raza» indicando con esa marca que la propia categoría representa un complejo temático que atraviesa cuestiones relativas al esencialismo y al relativismo. Cfr. Caggiano (2012).

una articulación en dominancia (Hall, 1981), el funcionamiento concreto, histórico y situado de esa articulación es el objeto mismo de su análisis. Su investigación está orientada por la recuperación de las articulaciones que han operado en el establecimiento —su fijación parcial— de las figuras en términos de interseccionalidad y, por lo tanto, su petición de entenderla como categoría descriptiva responde a la exigencia de hacer evidentes las articulaciones a partir de las cuales el sentido común las ha tornado, precisamente, «invisibles». Por eso mismo, el sentido común visual, afirma Caggiano, no se deja reducir a «la exactitud de una categoría, al menos no de una categoría simple utilizada en su singularidad» (2012, p. 278). Buscar las lógicas articuladoras que dieron origen a esa condensación es justamente una operación de desmonte de lo que, en la dinámica sociocultural, quedó adherido en el sentido común como totalidad autocomprensiva. Afirmación esta que adquiere un cariz dramático para el caso de los medios de comunicación, atravesados por lógicas intrínsecas del mismo dispositivo y por la propia historia sociocultural y técnica de los géneros massmediáticos. Asimismo, Caggiano entiende que la condensación, puesta de manifiesto en la propia interseccionalidad, es contestada/disputada/aceptada desde espacios que discurren por fuera de los dispositivos mediáticos hegemónicos, como son, por ejemplo, las redes sociales.

Considero que esta perspectiva, de la cual el trabajo de Caggiano es solo un ejemplo que tomé para reflexionar, se corresponde con los principios articuladores de los estudios en cultura popular-masiva porque permite observar la condensación encarnada en el sentido común manifestado en una superficie específica como es la mediática, des-articulando lo articulado históricamente. En todo caso, si la pregunta sobre la intersección de dimensiones de la diferencia y la desigualdad exige reponer «la historicidad de las categorías de clasificación social y su vínculo con estructuras y relaciones específicas» (Caggiano y Grimson, 2010, p. 28), la categoría de interseccionalidad no puede sino ser descriptiva y analíticamente provisoria. La cultura presentaría tantos desgarros como coherencias, y en ambos casos se trata de articulaciones contextuadas, anudadas a distintas series historicoculturales.¹⁵

El segundo punto sobre el que quisiera reflexionar, en función de los aportes a los estudios en cultura popular-masiva, tiene que ver con los modos de pensar el lugar del sujeto y las posibilidades de agenciamiento y/o resistencia. En demasiadas ocasiones del análisis textual se derivan imputaciones analíticas que inducen al error (conceptual y analítico) de confundir un gesto de *insumisión cultural* (Grignon y Passeron, 1991) con la modificación efectiva de las condiciones de existencia. En cierto sentido, la CyC parece

¹⁵ Por *series historicoculturales* se comprende la puesta en relación de un significado con elementos residuales de una cultura, es decir con aquello que, proviniendo del pasado, «todavía se halla en actividad dentro del proceso cultural» (Williams, 1976/2000, p. 144) y que, por eso mismo, puede ser activado en el presente.

haber mostrado un costado perezoso a la hora de incorporar argumentos que sofisticuen los vínculos (ni necesarios ni automáticos) entre las producciones textuales y las acciones y universos simbólicos concretos de los sujetos que son sus referentes. Algunas líneas actuales en CyC se remontan a los primeros debates que dieron los *padres fundadores* de los EECC y pueden colaborar en refinar estas consideraciones.

Ya en sus primeras producciones sobre cultura, sociedad y cambio social, Raymond Williams (1977/1988) sostiene que las condiciones materiales son simultáneamente *productoras de y producidas por* la cultura, y preocupado por dar cuenta de los cambios sociales y culturales, incorpora la idea de que esos cambios se producen por la interacción entre formaciones culturales y el *registro* de millones de personas comunes. No obstante, la inclusión del sujeto en su teoría representa una inclusión débil y producto más de su democrático humanismo voluntarista que de una verdadera incorporación de la capacidad de agenciamiento de los sujetos (lo que, además, le vale un durísimo debate con E. P. Thompson).¹⁶ Y finalmente, termina otorgándole más peso a los textos y las instituciones, que al registro de los sujetos, operación que da por supuesta y que asume como rastreadable dentro de los cambios ocurridos en aquellas dos dimensiones. Es claro que el papel que Williams le otorga al sujeto es débil. Por eso mismo el debate que dio Thompson respecto de los conceptos williamsianos apuntaba, por un lado, a señalar que la noción de cultura de Williams privilegia la sutura consensual sobre la tensión conflictiva —lo que Williams postula como *cultura común*—. La perspectiva de Thompson, respecto de poner en el centro del proceso social al conflicto antes que al consenso, es manifiesta en su trabajo acerca de la *cultura plebeya* (Thompson, 1990), y sus planteos insisten en reponer, justamente, la capacidad de agencia, soslayada por el pensador galés, y clave para la arquitectura de la teoría thompsoniana. A su vez, mientras que para Williams el cambio social se produce a partir de la producción de movimientos contrahegemónicos o alternativos que tensionen las formaciones culturales, para Thompson la agencia emerge en la propia acción de los hombres inmersos en sus condiciones de existencia, sin que estas acciones, necesariamente, culminen en «resistencia». Agencia y resistencia no son, por tanto, ni homologables ni poseen un vínculo necesario, si bien ambas son acciones de «los hombres».¹⁷

Lo que parece emerger entonces es un límite que encuentran los abordajes williamsianos a la hora de explicar procesos de heterogeneidad social en el encuadre de una disposición de hegemonía que subsume a los sectores populares en una situación de

¹⁶ El debate se origina en la crítica que hace E. P. Thompson al libro de Williams *The Long Revolution*, de 1961, y que salió en los números 9 y 10 de *New Left Review* (1961).

¹⁷ Las comillas en «los hombres» pretenden señalar la incomodidad que producen las lecturas de Thompson cuando es atravesado por la perspectiva de género, tanto es así que el feminismo le ha reprochado haber trabajado solo con hombres (Cevasco, 2014).

dominación (económica, social, de derechos, etc.) en su vida cotidiana. En palabras más sencillas, la perspectiva williamsiana, y la corriente de la sociología de la cultura dedicada a realizar crítica cultural, si bien permiten atender a las dinámicas de los mercados de la cultura y las producciones textuales, y a los procesos de disputa cultural, difícilmente puedan dar cuenta de la capacidad de agenciamiento de los sujetos populares. Pero, asimismo, lo que la mirada etnográfica percibe claramente es que la capacidad de agenciamiento implica no únicamente la identificación inter-subjetiva de las condiciones de dominación, como la pensaba Thompson, sino también la producción de proyectos de vida engarzados con esa subjetividad (Ortner, 2005; 2016), aunque no siempre estos proyectos coincidan con la voluntad política de los analistas.

La capacidad de agenciamiento (y no necesariamente de «resistencia») reaparece también en las reivindicaciones actuales de investigadores sobre sectores populares, como por ejemplo en Semán (2009; 2006) y otros, en un gesto que se condice con las reconstrucciones críticas de Sherry Ortner (especialmente 2016) sobre la relación entre poder, estructura y agencia. Las densificaciones de estas cuestiones, surgidas de abordajes etnográficos, son claves para comprender los procesos duales (de resistencia y de deseos) de las acciones de los grupos humanos.¹⁸ No obstante, es interesante notar que, en sus reconstrucciones críticas, Ortner amplía sus líneas de trabajo hacia la subjetividad, entendida como «el conjunto de modos de percepción, afecto, pensamiento, deseo, temor, etc. que animan a los sujetos actuantes». Y que estos sujetos, señala Ortner, viven en el marco de específicas formaciones culturales históricas, «que modelan, organizan y generan “estructuras de sentimiento”» (2005, p. 25). Su trabajo extiende la noción de subjetividad desde un paradigma humanista e individual, hacia un sentido social y cultural incorporando explícitamente a Williams y a sus tempranas reflexiones sobre la relación entre cultura y hegemonía, y particularmente sus desarrollos sobre formaciones culturales. En este sentido, los sistemas simbólicos públicos —en el universo geertziano— o las formaciones culturales —en el williamsiano—, expresan, modelan y constituyen las subjetividades y, por ende, la agencia de los sujetos «adopta la forma de deseos e intenciones específicas dentro de una matriz de subjetividad: de sentimientos, pensamientos y significados (culturalmente constituidos)» (2005, p. 29).

Precisamente, la alusión a Ortner me da pie a desarrollar el tercero de los puntos anunciados: el referido a los aportes a los estudios en cultura popular-masiva, si bien desparejos, provenientes de los debates sobre *cultura* en el marco del proyecto

¹⁸ El análisis de Ortner pone en relación dos dimensiones interdependientes: la agencia oposicional (como resistencia al poder y a la dominación), y la agencia proyectiva (como la prosecución de proyectos y deseos). E insiste en la estructura intrínsecamente interdependiente de ambas dimensiones: «La agencia de los proyectos es, desde ciertos puntos de vista, la dimensión más fundamental de la idea de agencia. Es esta clase de agencia la que se interrumpe y se niega a los subordinados» (2016, p. 167).

antropológico, respecto a la abolición o la depuración del término en su utilización analítica.¹⁹ La constatación de que los conflictos, los cambios, los préstamos y las disputas entre distintos sectores sociales son parte incuestionable de la realidad social, colaboró en que la antropología considerara la necesidad de revisar el concepto de cultura a la luz de los vínculos con el poder y de la variabilidad en la dimensión de la cultura. Tres aportes emergentes de este debate me parecen interesantes para reflexionar sobre el campo de los estudios en cultura popular-masiva.

En primer lugar, la noción de *cultura pública* de, nuevamente, Ortner (2016). Expandiendo la línea geertziana en diálogo con Williams que mencioné más arriba, su propuesta es repensar los vínculos entre la etnografía y la cultura pública, entendida como

todos los cuerpos de imágenes, enunciados y representaciones creados para hablarles a las personas reales [...] así como para hablar de ellas: todos los productos del arte y el entretenimiento cine, televisión, libros, etc.) y todos los textos informativos y analíticos (todas las formas de producción periodística y académica). La «cultura pública» engloba todos los productos de lo que se denomina comúnmente «los medios», pero no se limita a ellos (2016, p. 97).

El concepto de *cultura pública* se revela como un insumo crucial para renovar los estudios en cultura popular-masiva, complementando los análisis textuales con datos demográficos y abordajes etnográficos que reconstruyan no solo la manera en que esa cultura pública interactúa con las personas de carne y hueso, sino también para indagar sobre las rutinas y las acciones de los productores culturales.²⁰ Esta propuesta contiene en sí misma la pregunta por la articulación hegemónica de la cultura, en el sentido de que exige desnaturalizar las complejas tramas de producción, reproducción o contestación del sentido común entre los distintos actores sociales. La puesta en relación de la etnografía con la cultura pública implica «un marco de teorización [que] permite comenzar a ubicar las piezas en su lugar» (Ortner, 2016, p. 121), y recuperar, por tanto, aquello que se oculta de las diferencias sociales y de los modos en que estas diferencias son tramitadas por las personas. Finalmente, la noción de cultura pública pone en tensión las teorías de la representación

¹⁹ El debate aparece en el seno del propio proyecto antropológico con el fin de superar los límites encontrados en la descripción y comprensión de áreas culturales particulares, sobre el que algunos abolicionistas arguyen que se usó —o se usa— como un instrumento para argumentar a favor de la segregación y la discriminación.

²⁰ No obstante, es necesario realizar un señalamiento. Ortner afirma que «los textos de los periodistas forman parte de la cultura pública; por ende, son datos etnográficos» (2016, p. 98). Considero que es necesario complementar este sesgo contenidista con análisis que pongan en tensión tanto los regímenes de visualidad específicos de esa cultura pública, como la dimensión de la enunciación. Para ampliar véase Rodríguez (2019).

porque desplaza la pregunta por los grados de correspondencia entre la representación y su referente para abrir los interrogantes sobre el poder y formular los interrogantes que Edward Said (1990) se hace a propósito del orientalismo: ¿qué se representa?, ¿quién lo representa? y ¿cómo se representa al otro?

Estos señalamientos habilitan a tender una línea de vinculación entre la CyC y los estudios que se empeñan en recuperar analíticamente la dimensión política de la cultura y los diferenciales de poder entre actores de distinta magnitud interactuando desde posiciones disímiles en el marco de universos simbólicos compartidos. No obstante, la pertinencia de la propuesta de poner en relación virtuosa el sistema público de significados geertziano con la idea de formaciones culturales williamsiana, sintetizada en la noción de cultura pública, aún no ha recibido un tratamiento analítico relevante dentro del área de CyC.

En segundo lugar, un tipo particular de argumentación en el marco del debate sobre *cultura* y que interesa para los estudios en cultura popular-masiva, es la que produce Susan Wright. Para exponer su crítica a la «vieja idea de cultura» (1999, p. 129) Wright se apoya en John Comaroff y Jean Comaroff (1992) cuando sostienen que, en su dimensión hegemónica, la cultura se muestra como coherente, sistemática y consensuada, y afirma que el sentido común dominante es una de las formas más seguras de la hegemonía. Wright advierte sobre la necesidad de los análisis de sortear esta capa en la cual los sentidos aparecen «como un objeto, una cosa más allá de la acción humana, no ideológica en lo más mínimo: en pocas palabras, como la vieja idea de cultura auténtica» (1999, p. 132). Por eso, sostiene, es imprescindible cartografiar esos micromundos donde se multiplican los puntos de poder, de conflicto y de antagonismo. Basándose en la idea de que lo que el analista «lee» como cultura en su dimensión hegemónica es en verdad una versión estática de la cultura, que aparece como resultado de una lucha anterior, propone contrastar este modo de abordaje por uno procesual. Señala tres momentos en los procesos de disputa por la construcción de significado: el primero comprende las acciones de ciertos agentes que intentan redefinir una particular visión del mundo, lo que incluye no solo ideas sino también modos de comportamiento y de comprensión de la *realidad* o de la historia. El segundo momento se corresponde con la institucionalización de esa visión del mundo a través del derecho o de los discursos institucionales, lo cual conlleva a la instalación de un poder que moldea percepciones, categorías, valores y comportamientos que ya no requiere de agentes para su instalación. Finalmente, el tercer momento supone que el conjunto de los términos clave que oportunamente implicaron una nueva manera de pensar acerca de un aspecto de la vida «entra en otros dominios (fuera de las actividades del estado) y se torna una manera de pensar difusa y prevaleciente en la vida cotidiana» (Wright, 1999, p. 132).

Los postulados de Wright se apoyan en las teorizaciones sobre hegemonía y hace pie explícitamente en los desarrollos de Hall y de Williams.²¹ Su planteo, fácilmente homologable a los desarrollos que proponen analizar los procesos por los cuales se conforma socialmente el sentido común, transita sin embargo más por las aulas de las carreras de Antropología que de Comunicación, donde su impacto ha sido relativamente bajo.

No fue así con el trabajo de Lila Abu-Lughod quien, en su intervención en el debate sobre *cultura*, realiza una reconstrucción crítica de cultura a partir de su «encuentro” con la televisión (2005): su difusión en los circuitos de comunicación tuvo un impacto mayor. No obstante, es notable que haya sido una antropóloga quien, 40 años después del libro de Richard Hoggart (1957/2013) renueve sus interrogantes sobre los vínculos entre medios de comunicación y sectores populares, aunque desde la perspectiva inversa.²² Digo inversa porque Abu-Lughod detecta en primer lugar la pregnancia de ciertos textos culturales en el discurso de sus entrevistadas en la vida cotidiana, para luego ir al texto —o textos— madre e, incluso, a los contextos —materiales, comerciales, tecnológicos— en que esos textos se producen.

Del espectro de investigadores que toma como referencia, para distanciarse o para acordar, Abu-Lughod basa sus presupuestos en Len Ang quien viene sosteniendo la necesidad de producir abordajes etnográficos en relación con los medios. Asimismo, rescata a Roger Silverstone por las críticas que este autor elabora a las ‘construcciones’ de audiencia que no tienen en cuenta los diversos espacios y tiempos en los que viven las personas —si bien la autora señala que Silverstone no llegó a poner en práctica estas cuestiones—. Tal vez hubiera sido meritoria una mención a Hall cuando Abu-Lughod señala que «los mensajes televisivos quedan sesgados por el modo en que la gente enmarca sus experiencias con la televisión y por la manera en que las realidades cotidianas afectan y reproducen esos mensajes» (2005, p. 61).²³ De todos modos, frente al rechazo a la etnografía que, aduce —y con razón— presentan los estudios de medios, su propuesta implica una superación relevante para describir, conocer e interpretar los modos en que los medios —la televisión en su caso— se entranan con la vida cotidiana en el propio y diverso contexto social y

²¹ De hecho, en el momento de la escritura de su artículo, Susan Wright se desempeñaba como catedrática en Estudios Culturales de la Universidad de Birmingham

²² En este sentido, resulta indispensable hacer una revisión que recorra el trayecto que va desde Hoggart a Abu-Lughod, para observar los baches, los desvíos y las decisiones metodológicas tomadas por las investigaciones en las últimas seis décadas, y renovar y actualizar, de este modo, la pregunta por las relaciones entre la cultura popular y la mediática.

²³ Hall ya había encarado esta cuestión en «Codificar-decodificar» (véase Hall, 1980; también publicado en castellano en la compilación de Delfino, 1993). Y si bien la propuesta de Hall recibió críticas, como por ejemplo la de Morley (1996), una apropiación crítica de Abu-Lughod en sus reflexiones sobre los estudios de medios hubiera resultado pertinente.

cultural de las personas del común. Especialmente —y este es el núcleo central de sus reflexiones acerca del uso o abolición del término cultura— porque las producciones televisivas tienen un alcance que excede a una comunidad acotada; y son, además, solo «una parte —a veces más amplia, a veces más pequeña— de las vidas complejas de las personas» (2005, p. 61). Afirma entonces que, en el marco de la complejidad de los actuales mundos interconectados el concepto de cultura —agregaría, siguiendo a Wright, que se trata del «viejo» concepto de cultura— se vuelve problemático. Por lo tanto, se torna crucial revisar el concepto de *cultura como texto* de los tempranos desarrollos de Clifford Geertz (2003), porque los medios de comunicación producen y ponen en circulación textos que son consumidos por personas enmarcadas en diferentes experiencias vitales y realidades cotidianas.

Todos estos aportes, que se corresponden con el proyecto de analizar procesos culturales concretos, prestan atención tanto a las condiciones materiales como a la conformación colectiva de sentimientos, ideas y sentido común que organizan la *conciencia empírica* de un grupo social. En ese sentido, los estudios en cultura popular-masiva son un área fértil para su consideración.

Hacia una teoría sin garantías

Sintetizando hasta aquí, es evidente que las enormes transformaciones surgidas en la Argentina durante la década de las reformas neoliberales de 1990 enfrentaron a las Ciencias Sociales a realizar un desplazamiento focal desde los grandes temas (democracia, desarrollo, culturas urbanas) hacia una mirada micro que reconstruyera las heterogeneidades, las experiencias y las situaciones específicas de sujetos concretos. Y los aportes de la práctica etnográfica fueron cruciales. En términos contextuales, en esa década también se produce una inflexión sociocultural a partir de la visibilidad creciente de movimientos civicoculturales: derechos humanos, piqueteros, organizaciones de desocupados, campesinos. Esto exigió repensar globalmente la relación clase-cultura que ya no lograba expresar una correspondencia punto a punto, e incorporar otros sesgos identitarios en los análisis culturales. Ni la *diferencia per se*, «alma antigua» de la antropología (Reguillo, 2002: 72), ni la *desigualdad* de clase, punto nodal de la tradición sociológica, podían ya explicar los procesos de marginalización y des-integración que se estaban produciendo en Argentina a pasos acelerados. En este sentido, cobró centralidad la incorporación de las lecturas de género, las del trabajo, las del mundo popular, e incluso las cuestiones étnico-nacionales. Todas ellas colaboraron globalmente en ensanchar las conceptualizaciones de los actores participantes en las relaciones de dominación.

La fecundidad y desarrollo de los abordajes etnográficos, junto con una persistente voluntad de asumir los principios que vinculan constitutivamente la cultura y el poder, son

un claro emergente del momento actual. En cierto sentido, no se trata solo de dejar atrás las lógicas más estrechas del estructuralismo, sino más bien de «sociologizar» el pensamiento y de «antropologizar» la mirada. Una mirada que entonces se renueve e ineludiblemente construya, además, una agenda a futuro: la de analizar tanto a los dispositivos como observar a los sujetos actuando, en acción. Si este giro, que se vuelve cada vez más concreto y específico, representó en las Ciencias Sociales la necesidad de repensar las grandes categorías y conceptos sobre los que había trabajado unos años atrás (hegemonía, dispositivo, habitus, acción social, cultura, democracia, desigualdad), hoy es un punto de no retorno. Esos conceptos ya no pueden declinarse en singular a riesgo de dejar en sombras una multiplicidad de situaciones particulares —incluso aceptando el riesgo de perder de vista la totalidad que conecta las diferencias en una unidad mayor, como advierten desde posiciones distintas tanto Eduardo Grüner (2002/2016) como Semán (2006)—. Se ha asumido entonces la demanda de ajustar la escala de una mirada que ya no se conforma con explicaciones macro, sino que exige ir a observar las microescenas donde —también— la hegemonía se procesa cotidianamente, donde los dispositivos actúan efectivamente y donde la desigualdad se engarza con sesgos de clase, género, etnia o espacio. Son las mismas incertidumbres del campo, que no se dejan atrapar por categorías preestablecidas, las que produjeron estos cambios. Y, como señalan Alejandro Grimson, Silvina Merenson y Gabriel Noel (2011), la mirada y la práctica etnográfica se corresponden, ineludible y necesariamente, con el descentramiento, la desnaturalización y la interrogación sobre los sentidos sociales hegemónicamente estabilizados. La impronta de los abordajes etnográficos reformuló los vínculos de las investigaciones con el saber y con la producción de conocimiento válido: no solo permitió relativizar los saberes universales propios de un *sociocentrismo* (Guber, 2004) al reconstruir los sentidos de los actores otros, poniendo en tensión el sentido común —académico— de los investigadores, sino que también colocó la necesidad de atender a la posición enunciativa de los discursos sobre los que se indaga.

Como resultado de estas dinámicas, en las últimas décadas se viene manifestando un interesante momento de inflexión, en el cual los estudios locales en sociedad, cultura y poder se están desligando progresivamente de los nexos académicos que habían marcado fuertemente las décadas anteriores. La búsqueda de nuevas teorizaciones que permitieran describir y explicitar el vínculo entre diferencia cultural y desigualdad social, por ejemplo, en una región que presenta los mayores índices de desigualdad del planeta, abrió las puertas para ensayar la construcción de un pensamiento que, aun conservando cierta fidelidad con tradiciones eurocentradas (británicas pero también, y especialmente en Argentina, francesas), se atreviera a dar cuenta de la especificidad de una mirada y de un punto de vista geográfica e históricamente situado.

La complejidad de la perspectiva de estudio de la cultura popular-masiva debe contemplar reflexiones sustantivas y simultáneas sobre los actuales escenarios culturales en diversos y significativos niveles analíticos: en primer lugar, un conocimiento de los sentidos nativos que guían el universo práctico y simbólico de los sectores populares; en segundo lugar, una indagación sobre los modos en que actores, situaciones y/o escenarios relacionados con los sectores populares son representados en diversas textualidades massmediáticas; en tercer lugar, un análisis tanto de las condiciones concretas en las cuales discurre la vida cotidiana de los sectores populares, como de los escenarios materiales en que se producen los bienes culturales y sus implicancias en términos de desigualdad; en cuarto lugar, un reconocimiento de las distancias o cercanías entre aquellas experiencias y esas representaciones para observar allí, en la interfaz, la producción, reproducción o impugnación de sentidos; y en quinto lugar, la reflexión de las modalidades específicas en que, en estas múltiples dimensiones, se construye (y se disputa) la hegemonía.

Esto hace muy interesantes a los estudios que ponen en conjunción afluentes disciplinarios y de abordaje diversos, sosteniendo la premisa de Hall respecto de una «teoría sin garantías», porque se atreven a pensar los modos concretos de averiguar cómo los sujetos intervienen en la constitución de la vida social; cómo construyen discursividades específicas, situadas y heterogéneas, e incluso formas de resolución de las incertidumbres a partir de estrategias amarradas a la(s) crisis que parecen perpetuarse infinitamente, atravesando con persistencia la historia de nuestros países (Ford, 1994). Porque finalmente, en el centro de esta perspectiva reside la articulación, intrínseca entre cultura, política y poder. Y los actuales estudios en cultura popular-masiva en la Argentina han comprendido —o están comprendiendo—, la necesidad de *pararse sobre sus propios pies*.

Referencias bibliográficas

ABU-LUGHOD, L. (2005). La interpretación de la(s) cultura(s) después de la televisión. *Etnografías Contemporáneas*, 1, (1), 57-90.

ALABARCES, P. (en colaboración con Añón, V. y Conde, M.) (2008). Un destino sudamericano. La invención de los estudios sobre cultura popular en la Argentina. En: ALABARCES, P. y RODRÍGUEZ, M. G. (Comps.). *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular* (pp. 261-280). Buenos Aires: Paidós.

ANG, I. (1994). Cultura y comunicación: por una crítica etnográfica del consumo de medios en el sistema mediático transnacional. *Causas y Azares*, 1 (1), 52-66.

CAGGIANO, S. (2012). *El sentido común visual. Disputas en torno a género, «raza» y clase en imágenes de circulación pública*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

CAGGIANO, S. y GRIMSON, A. (2010). Respuestas a un Cuestionario: posiciones y situaciones. En: RICHARD, N. (Coord.). *En torno a los Estudios Culturales. Localidades, trayectorias, trayectorias y disputas*, (pp. 17-30). Buenos Aires: Clacso.

CAGGIANO, S. y RODRÍGUEZ, M. G. (2008). Comunicación y Antropología: continuar el diálogo. Ponencia presentada ante el *VIII Congreso Argentino de Antropología Social*, Universidad Nacional de Misiones, Posadas, agosto.

CEVASCO, M. E. (2014). *Diez lecciones sobre estudios culturales*. Santiago de Chile: LOM.

COMAROFF, J. y COMAROFF, J. (1992). *Ethnography and the historical imagination*. Boulder: Westview Press.

CRENSHAW, K. (1989). Demarginalizing the intersection of race and sex: A black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory and antiracist politics. *University of Chicago Legal Forum*, 1989. Recuperado de: <https://philpapers.org/archive/CREDTI.pdf>.

DELFINO, S. (Ed.) (1993). *La mirada oblicua: estudios culturales y democracia*. Buenos Aires: La Marca.

FORD, A. (1994). *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis*. Buenos Aires: Amorrortu.

GARCÍA CANCLINI, N. (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Ciudad DE MÉXICO: GRIJALBO.

GARCÍA CANCLINI, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Ciudad de México: Grijalbo.

GEERTZ, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

GRIGNON, C. Y PASSERON, J.-C. (1991). *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*. Buenos Aires: Nueva Visión.

GRIMSON, A. Y VARELA, M. (1999). *Audiencias, cultura y poder. Estudios sobre televisión*. Buenos Aires: Eudeba.

GRIMSON, A. Y SEMÁN, P. (2005). Presentación: la cuestión «cultura». *Etnografías Contemporáneas*, 1 (1), 11-22. Recuperado de: https://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/46757554/PRESENTACION-la_cuestion_cultura.pdf?response-content-disposition=inline%3B%20filename%3DPRESENTACION_la_cuestion_cultura.pdf&X-Amz-Algorithm=AWS4-HMAC-SHA256&X-Amz-Credential=AKIAIWOWYYGZ2Y53UL3A%2F20191022%2Fus-east-1%2Fs3%2Faws4_request&X-Amz-Date=20191022T033941Z&X-Amz-Expires=3600&X-Amz-SignedHeaders=host&X-Amz-Signature=db7c80cbcfe0ffac22be6bd7432cb72a2befc9666d42fe842e019f91d0aee7b7

- GRIMSON, A.; MERENSON, S. Y NOEL, G. (2011). Descentramientos teóricos: introducción. En GRIMSON, A.; MERENSON, S. Y NOEL, G. (Eds.). *Antropología ahora. Debates sobre la alteridad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- GROSSBERG, L. (2010). «Sobre postmodernismo y articulación». Entrevista a Stuart Hall. En: RESTREPO, E.; WALSH, C. y VICH, V. (Eds.). *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Popayán: Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar-Universidad Javeriana-Instituto de Estudios Peruanos-Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador-Enviación Editores.
- GROSSBERG, L. (2012). *Estudios culturales en tiempo futuro*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- GRÜNER, E. (2002/2016). *El fin de las pequeñas historias*. Buenos Aires: Ediciones Godot.
- GUBER, R. (2004). *El Salvaje Metropolitano*. Buenos Aires: Paidós.
- HALL, S. (1980). Encoding/Decoding. En HALL, S. y otros (Eds.). *Culture, media, language*. Londres: Hutchinson.
- HALL, S. (1981). El efecto ideológico de los medios de comunicación. En: CURRAN, J. y otros: *Sociedad y comunicación de masas*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- HALL, S. (1984). Notas sobre la deconstrucción de lo popular. En SAMUELS, R. (Ed.). *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona: Crítica.
- HALL, S. (1994). Estudios culturales: dos paradigmas. *Causas y Azares. Los lenguajes de la comunicación y la cultura en (la) crisis*, (1).
- HOGGART, R. (1957/2013). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- LUGONES, M. (2005). Multiculturalismo radical y feminismos de mujeres de color. *Revista Internacional de Filosofía Política*, (25). Recuperado de: <http://espacio.uned.es/fez/view/bibliuned:filopoli-2005-25-3C569DDF-C2D4-C870-87CB-C17FBEC5C5DD>
- MARTÍN-BARBERO, J. (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Gustavo Gili.
- MATTELART, A. (2011). Estudiar comportamientos, consumos, hábitos y prácticas culturales. En: ALBORNOZ, L. (Comp.). *Poder, medios, cultura: una mirada crítica desde la economía política de la comunicación* (157-176), Buenos Aires: Paidós.
- MORLEY, D. (1996). *Televisión, audiencias y estudios culturales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- ORTNER, SH. (2005). Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna. *Etnografías Contemporáneas*, 1 (1), 25-53.

- ORTNER, SH. (2016). *Antropología y teoría social. Cultura, poder y agencia*. San Martín: Unsam-Edita.
- REGUILLO, R. (2002). El otro antropológico. Poder y representación en una contemporaneidad sobresaltada. *Anàlisi*, (29), 63-79. Recuperado de: <https://ddd.uab.cat/record/871>
- REGUILLO, R. (2003). Violencia y después. Culturas en reconfiguración. Conferencia *Culture and Peace: Violence, Politics and Representation in the Americas*, Universidad de Texas, Austin, 24-25 de marzo.
- RESTREPO, E. (2014). Estudios culturales en América Latina. *Revista Estudos Culturais*, I (1), 1-14. Recuperado de: http://www.each.usp.br/revistaec/sites/default/files/artigos-em-pdf/03_ed1_ESTUDIOS%20CULTURALES%20EN%20AME%CC%81RICA%20LATINA.pdf
- RODRÍGUEZ, M. G. (2011). Cultura popular: mi pie izquierdo. *Oficios Terrestres*, (26). Recuperado de: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/32877>
- RODRÍGUEZ, M. G. (2014). *Sociedad, cultura y poder. Reflexiones teóricas y líneas de investigación*. San Martín: Unsam.
- RODRÍGUEZ, M. G. (2019). «No importa lo que yo diga». Desigualdad, ciudadanía y democracia en la sociedad mediatizada de la Argentina. *Intexto*, (45). doi: 10.19132/1807-8583201947.185-207
- SAID, E. (1990). *Orientalismo*. Madrid: Libertarias.
- SCHMUCLER, H. (1975/1997). *Memoria de la comunicación*. Buenos Aires: Biblos.
- SEMÁN, P. (2006). *Bajo continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*. Buenos Aires: Gorla.
- SEMÁN, P. (2009). Culturas populares: lo imprescindible de la desfamiliarización. *Maguaré*, (23). Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4862295>
- SILVERSTONE R. (1996). *Televisión y vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- THOMPSON, E. P. (1961). The Long Revolution. *New Left Review*, (9-10). Recuperado de: <https://newleftreview.org/issues/I9/articles/edward-thompson-the-long-revolution-part-i.pdf>
- THOMPSON, E. P. (1990). *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.
- WILLIAMS, R. (1977/1988). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.
- WILLIAMS, R. (1976/2000). *Palabras claves*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- WRIGHT, S. (1999). La politización de la cultura. En: BOVIN, M.; ROSATO, A. y ARRIBAS, V. (Comps.). *Constructores de otredad*. Buenos Aires: Eudeba.

ZAROWSKY, M. y otros (2017). Comunicación y cultura en el Centro Editor de América Latina: entre la renovación de la crítica y la intervención intelectual (1966-1983). *XVI Jornadas Interescuelas de Historia*, Mar del Plata.